

Braulio Arenas firma "El Emperador". La trama del relato es algo así como la glosa moralista de actitudes antiquísimas. El humorismo se trueca en sátira. Diríase un apólogo cuyas ramificaciones se enlazan con actualidades sociales y políticas.

"El destierro de Charlie" tiene características novelescas. El tema es rico en incidencias, quizá un tanto recargadas. Su desarrollo permitiría una bora de mayor aliento. Su autor es Enrique Bunster.

De Marta Brunet se incluye una de sus pequeñas obras maestras, "Doña Santitos". Es una verdadera joya, que puede ser gustada por niños y adultos. El lenguaje tiene jerarquía. El ritmo confiere a este cuento valores poéticos.

"La Pasión según Santana", de Armando Cassícoli, es de un humorismo menos delicado, de trazos fuertes, pero bien conseguido. Quizá, el humorismo no es una de las virtudes de este excelente escritor.

"Apuntes de un escritor" tiene reminiscencias desesperanzadas. Varias de sus secuencias irrumpen en los dominios satíricos. El tema carece de originalidad, ha sido explotado en innumerables relatos. De ahí su falta de interés.

Juan Garafulic escribe "Entre el amor y el odio", relato lleno de anécdotas sin mayor trascendencia. El análisis psicológico de los personajes no tiene profundidad. Acaso pretende hacer reír a base de momentos gruesos, sin otra salida que la del chiste realista.

"Casa Verde", de José Santos González Vera, tiene finura, a pesar de que prevalecen las escenas bastante rebuscadas.

El compilador firma el cuento titulado "Poblador del mundo".

Sabido es que el humorismo no tiene una definición sencilla. Su esencia fluctúa de acuerdo con las circunstancias. La manera de fijar los contrastes presenta muchas facetas. El autor ha elegido una de las más sencillas. Su cuentecillo no llega a ser humorístico. Se fundamenta, muy a la ligera, en una de las recientes adquisiciones de la ciencia biológica.

En varias oportunidades se ha querido hacer una selección de obras humorísticas criollas. Quienes emprendieron ese trabajo tropezaron con infinitos inconvenientes. Tal vez, porque los escritores chilenos son humoristas a su manera, a veces, sin quererlo. Y ese detalle pasa inadvertido a los autores de antologías parciales.

Javier Rodríguez Lefebre merece parabienes por su acuciosa dedicación.

V. M.

<https://doi.org/10.29393/At409-99TPVM10099>

Teatro de una pieza, de JOSÉ RICARDO MORALES.
Editorial Universitaria. Santiago, 1965.

El arte dramático ha estilizado su contextura. Puede ser espectáculo y disparadero de muy severas meditaciones. Nuestra época, llena de preocupa-

ciones, no ha soslayado el peso de la nostalgia humana, sabe que los hombres son criaturas melancólicas.

Por eso, en todas las obras de ingenio está el individuo, con sus añoranzas y sus protestas, aunque, muchas veces, los caminos de la protesta desemboquen en situaciones, absurdas en apariencia.

José Ricardo Morales escribe teatro con una versación estética y filosófica llevada hasta consecuencias límites. En sus obras, el absurdo hunde sus raíces en la esencia del espíritu humano.

Sus criaturas son de carne y hueso, viven situaciones caóticas, verídicas, sin embargo. Y ahí nacen sus gritos de protesta, como si hubieran recibido los clamores de muchas personas, dispersas por el ancho mundo.

Es muy posible que este teatro sufra transformaciones en los momentos de su representación. En un comienzo, el lector obtiene la sensación de un trabajo literario exquisito, vertido en una lengua hecha de símbolos y de claridades. Su castellano diríase tallado con finísimo cincel de las canteras más nobles. Y ese detalle no puede ser olvidado.

En el planteamiento y en la posible solución de este teatro subyacen notas de ironía. La crítica social discurre entre alusiones y figuras literarias de gran belleza.

Acaso, ciertas notas de humana ternura tienen la virtud de centrar los temas en un afán de equilibrado senequismo. Porque el peso de la vida es fuerte, porque el bípedo implume vive inmerso en su circunstancia y en las situaciones creadas por los demás.

José Ricardo Morales, profesor de la Universidad de Chile, es un hombre laborioso. A él le debemos la adaptación teatral de "La Celestina". Obras dramáticas suyas: "El embustero en su enredo", "Bárbara Fidele", "Los Culpables".

Veamos la técnica literaria de sus obras dramáticas. Levanta el fulgor de una metáfora: "Luego, la planta viva y palpitante de los peces, como dardos helados, llenaba de agonía y de retozo aquella bolsa verde...".

Y como final del parlamento, la insinuación filosófica, el contrapunto que incita a pensar: "Un muerto está más muerto, si no le han dicho la última palabra".

Inteligente muestra de ingenio dramático y de dignidad estética este reciente volumen de "Teatro de una Pieza".

VICENTE MENGOD

Bienandanzas, Poema, de JOAQUÍN ALLIENDE. Ed. Instituto de Cultura Hispánica de Valparaíso. 1964

Personalísimo, no obstante, sus escasos treinta años, Joaquín Alliende Luco, emparentado con innumerables escritores chilenos de ayer y de hoy, es otro